

Ensayo: La deconstrucción explicada a los niños

Rodolfo González Morales ¹ Alma Rosa González Morales ²

¹ Universidad Autónoma de Querétaro
Querétaro, México
E-mail: rodolfo.morgon@gmail.com

² Universidad Autónoma de Querétaro
Querétaro, México
E-mail: atenas_1489@gmail.com

Resumen: ¿Qué es la deconstrucción? Esta *palabra* que, en los días que corren es casi de uso corriente, resulta casi indescifrable. La deconstrucción, aunque se ha entendido como un modo de hacer crítica o teoría, no es para nada algo parecido a un método que muestre los pasos para abordar determinados textos o narrativas literarias. A la deconstrucción se le ha intentado/querido dotar de un seguro conceptual que sirva para apacentar la angustia de su extrañamiento. Para así poder explicarla y tal vez practicarla o bien, “usarla”. Sin embargo, lo más seguro es que de la deconstrucción se puede hablar con mucha más certeza de lo que no es, que de lo que sí es. Por ello, este trabajo pretende brindar tanto un acompañamiento en ese enfrentar a la deconstrucción como un acercamiento a eso que ella es. Para lo cual es necesario hacer un recorrido breve por el sendero que tuvo que andar dicha *palabra* para llenarse de su significado. Por tal motivo es imposible dejar de lado a uno de los pensadores más provocativos de la segunda mitad del siglo XX. Me refiero por supuesto a Jacques Derrida. Un pensador y escritor francoargelino que con sus ideas cimbró el terreno de la filosofía y el pensamiento occidental quien, desde su modo de habitar al mundo, brindó una nueva significación a esta palabra para que así surgiera como ente subversivo y contestatario a todo orden binario.

Palabras clave: Deconstrucción, Derrida, occidente, metafísica, estructura, poder, logos.

Abstract: What is deconstruction? This *Word* in present days is more than common, but it is almost indecipherable. Deconstruction has been understood as a way to do critic or theory but it is anything but a method that shows steps to talk about texts or literary narratives. It has been tried/wanted to give deconstruction conceptual insurance to appease the anguish of its strangeness. So in that way be able to explain it and maybe practice it or “use” it. However, it is most definite that it is easier to talk about what deconstruction is not than about what it is. For this reason, this work tries to offer an accompaniment to confront deconstruction as much as it tries to approach what it is. To do so, it is necessary to make a brief review of the history of the word that gave it its meaning. For this motive, it is crucial to talk about one of the most provocative thinkers of the 20th century. I am referring of course to Jaques Derrida. A French-Argelian philosopher and writer that with his ideas shook the philosophical grounds and occidental thought, who, with his way of living gave a new meaning to this word and made it emerge as a subversive being and as a response to every binary order.

Keywords: Deconstruction, Derrida, occidental, metaphysics, structure, power, logos.

Introducción

Si la deconstrucción se pudiera explicar de una manera fácil o menos complicada de lo que resulta hoy para *los-expertos* o para sus detractores, seguramente tomaría mucho más tiempo del que pasaremos discutiendo aquí. De tal manera que ahora intento, en la medida de lo posible, olvidar mis prejuicios para así poder hablar desde la inocente curiosidad de un niño que ignora eso que de suyo será.

Entonces si ha de haber un trabajo de niños vendría bien empezar por lo más fácil. Así pues, sobre la deconstrucción es probablemente mucho menos complicado hablar de aquello que no es. Por el contrario, afirmar eso que es, si fuera posible decirlo así, sería tanto como hacer un autogol en los primeros minutos de un juego de fútbol. Por ahora es posible comenzar diciendo que esta no es una teoría, dirán también *los-que-saben*, que no es un modo de hacer filosofía, tampoco es como que se pueda decir de ella que su naturaleza habita en la crítica literaria. Sin embargo, si echamos un vistazo menos distraído y superficial que aquel que han echado muchos de sus detractores, nuestra confusión —contrario a lo esperado— será mayor al darnos cuenta que la existencia de la deconstrucción surge en el margen de todas las disciplinas antes mencionadas. Como si la deconstrucción habitara esa misma figura de la que en otro momento Alfonso Reyes se sirvió para explicar al ensayo, que, en este caso, no es otra que la del centauro.

No debiera resultar extraño que al hablar de eso que hoy nos convoca, me valga de una criatura fantástica. Pues para ninguno de los que están aquí debe resultar ajeno que, en algún momento de la niñez, hubiéramos tenido que recurrir a la magia o a la fantasía para explicarnos algo que simplemente resultaba imposible. Como toda explicación eficiente dada a los niños, esta no puede prescindir de alguna historia que sirva como un asidero, una suerte de *Había-una-vez*, que al mismo tiempo arroje algunas pistas para así poder seguir un camino que resulte confiable. Entonces daré aquí algunas coordenadas que permitan, no encontrar un origen ni un inicio, antes bien desvelen una huella que ayude a rastrear un *desde-aquí*.

La primera huella de la deconstrucción aparece en el suelo de *Ser y Tiempo* (1926) de Martin Heidegger, ya desde ahí con la intención subversiva de enfrentar con fuerza al gigante más tiránico del mundo occidental. Tiempo después Jacques Derrida retoma esta batalla en compañía de ese centauro, del que ya nunca se separaría. La deconstrucción se convirtió entonces en el modo de habitar de Jackie; un filósofo que jamás hizo filosofía, y que sin ser crítico hizo crítica durante toda su vida.

El intruso

Jacques Derrida nació en 1930 en Argelia, que en ese momento era una colonia francesa, hijo de padres judeoespañoles sefaradíes. Nació y creció en el Biar, un suburbio de Argel. A los 19 años de Jackie, la familia viaja a Francia para instalarse en un barrio árabe, aunque ya desde la niñez había sido educando en la tradición francesa. Es importante mencionar que después de su hermano mayor René Abraham, nació Paul Moïse, el segundo hijo del matrimonio Derrida, quien desafortunadamente murió tres meses después de nacido, este hecho habría de marcar a Derrida por el resto de su vida como un intruso, un sustituto, *un mortal de más, Élie amado en lugar de otro* (Peeters, 2013: 27).

Luego de abandonar su sueño temprano de ser futbolista se apasiona por la literatura siendo frecuentemente el primero de su clase; aunque ya desde muy niño escribe de una manera inescrutablesu profesor, casi de manera profética, le advierte: “sube a reescribir esto, es ilegible. Cuando estés en el Liceo, podrás permitirte escribir así, pero por ahora es inaceptable” (Peeters, 2013: 29). Esa noción de sustituto, de representación, que apareció desde su nacimiento, habría de reafirmarse con el tiempo pues aun viviendo en Argelia *su-identidad* es la de otro. Crece bajo la hegemonía de otra lengua y de otra historia.

El árabe se considera una lengua extranjera, cuyo aprendizaje está permitido, pero no se lo motiva. La realidad argelina, por su parte, se niega absolutamente: la historia de Francia que se les enseña es “una disciplina increíble, una fábula y una biblia, pero también es una doctrina de adoctrinamiento casi imborrable”. (Peeters, 2013: 29)

La deconstrucción

Con la intención de conocer de manera breve al pensador al que ahora nos acercamos, he dejado estos puntos como sitio. Es preciso señalar que, en menor o mayor medida, cada uno de estos sucesos configuró el pensamiento del franco-argelino. Una vida atravesada por el infortunio y la inasible identidad del autor de *De la gramatología*, el sentimiento de otredad con respecto a sí mismo, el no saberse completamente de algún lugar en especial. Un eterno sentimiento de extranjería y la necesidad de encontrar, aunque pasajero, un punto de anclaje al cual asirse. Todo aquello lo llevó a un límite en el que era necesario pensar al mundo de un *modo-otro*, en el margen, en la periferia.

Esa manera alternativa de habitar el mundo la encontró en aquello que nosotros conocemos hoy como deconstrucción. Como mencioné antes, existen también aquellas lecturas que, desde mi perspectiva, resultan distraídas; éstas han declarado con resentimiento que la deconstrucción no es más que ese juego postmoderno que cuestiona el sentido del lenguaje. Casi comparable al reclamo de un niño pequeño con su padre cuando no comprende después de mil preguntas y dos mil explicaciones, por qué el color azul se llama así, y se muestra tal vez caprichoso, tal vez rebelde, al no aceptar el pacto metafísico del pensamiento occidental que le brinda significado a las cosas. Habermas comenta al respecto:

Pues el subversivo y rebelde trabajo de la deconstrucción tiene por meta la destrucción de jerarquías categoriales que subrepticamente lograron implantarse, el derrocamiento de plexos de fundamentación y de relaciones conceptuales de dominio como son, por ejemplo, las existentes entre el habla y la escritura, entre lo inteligible y lo sensible [...]. Uno de estos pares conceptuales es el que constituyen la lógica y la retórica. Derrida tiene un particular interés en poner cabeza abajo la primacía, canonizada ya por Aristóteles, de la lógica sobre la retórica. (Habermas, 1989: 227)

Si bien, sí existe la posibilidad de llevar la deconstrucción a un extremo en el que reine la relativización de las cosas, así como la de poner en juego la relación entre verosimilitud y verdad, también puedo asegurarles que la deconstrucción es mucho más que eso, pues este *modo-otro* de ver las cosas, no sólo se trata de proponer una nueva lectura de los clásicos o de cuestionar los sentidos hasta ese momento inamovibles o absolutos en los textos. Por el contrario, esta propuesta fue sólo el ejemplo del que Derrida se valió para mostrar cómo la comprensión occidental está cimentada sobre un centro que escapa a la estructura, y que está ahí en tanto que no está, sólo para darle tranquilidad y apacentar la angustia. Es decir, que todas las verdades en las que descansa nuestra tranquilidad, funcionan sólo por la fe, una fe en la existencia de algo que es superior, y que da firmeza al suelo que pisamos:

Así, pues, siempre se ha pensado que el centro, que por definición es único, constituía dentro de una estructura justo aquello que, rigiendo la estructura, escapa a la estructuralidad [...]. El concepto de estructura centrada es, efectivamente, el concepto de un juego *fundado*, constituido a partir de una inmovilidad fundadora y de una certeza tranquilizadora, que por su parte se sustrae el juego. A partir de esa certidumbre se puede dominar la angustia. (Derrida, 1989: 384)

Con este antecedente me es posible decir que la deconstrucción, más que una forma postmoderna de leer los textos, problematiza toda estructura de la realidad y al mismo tiempo se vuelve subversiva con respecto a cualquier cosa que podamos asegurar que conocemos. Es decir, toma una notación política al poner en crisis el orden binario de cualquier estructura o discurso, bien y mal, civilización y barbarie, razón y locura, hombre y mujer, etc. Este precepto es con el que se ha construido el pensamiento, el saber y el poder en occidente. Esa dualidad que ha permitido ejercer, entronizar y normalizar la violencia a todo lo que resulte periférico. La deconstrucción, como había apuntado antes, no es en sí una teoría, ni un modo de hacer crítica, más que eso, es un modo de estar situado en el mundo. Nos ofrece un lugar otro para colocarnos frente a las estructuras de poder, llevando a un estado de crisis el significado de las cosas, comenzando por la institución más grande en la sociedad occidental, y que a su vez dota de sentido a todas las demás: el lenguaje.

Si esto es cierto, probablemente Umberto Eco tenía razón cuando “evidenció” en *Los límites de la interpretación* cierta carta que alguna vez Derrida le escribió. En ese libro, se cuestiona la incongruencia del pensamiento deconstructivista del autor de *Espectros de Marx*:

Es obvio que la carta de Derrida habría podido adoptar para mí otros significados, estimulándome a hacer sospechosas conjeturas sobre lo que su autor quería “darme a entender”. Pero cualquier otra inferencia interpretativa (aunque paranoica) habría estado basada en el reconocimiento del primer nivel de significado del mensaje, el literal. (1992 :109)

Incluso hay una acusación implícita hacia el francés de ser un destripador del sentido de las cosas y del significado mismo del lenguaje. Podríamos pensar que Derrida, en esta explicación a los niños es, según Eco, el villano de esta historia. En dicho texto, Eco se burla de la desjerarquización que Derrida hace de la interpretación de los textos, cuestionando la intención básica de comunicación de aquella carta: ¿Cómo se puede estar seguro de que cuando alguien me está diciendo “buenos días”, realmente me está saludando a mí y se está refiriendo al momento en el día en el que nos estamos saludando? ¿Cómo puedo estar seguro de que realmente está queriendo decir eso, si el sentido de las cosas se ha deslizado completamente? Pues bien, como ya se ha visto, hay una invectiva hacia Derrida y su pensamiento.

Aparentemente el franco-argelino es responsable de destruir el cimiento de toda verdad o todo centro, de haber dejado flotando toda la realidad sin dejar un sólo asidero del cual poder enganchar algún sentido, alguna seguridad. Sin embargo, esta acusación termina por ser injusta y también falsa pues Derrida jamás negó el sentido de las cosas, no es para nada su intención el crear un caos irresoluble al pensamiento ni mucho menos una relativización radical de *las verdades*. Si bien, sí es cierto que su intención es la de problematizar ese *sentido* a fin de dar una nueva lectura del mundo, para ello, también son necesarios esos centros estructurales de los que hablábamos hace un momento. De tal manera que Eco no se equivocó del todo al llamar a Derrida “Jack el Destripador”, y no porque éste sí fuera realmente el villano de la historia del pensamiento de occidente, sino porque el autor de *Espectros de Marx*, sí destripó junto con la desconstrucción a ese gigante malvado llamado... Metafísica.

Lo estratégico del sentido

Pero ¿cómo? ¿Derrida soluciona esto sin contradecirse? Pues bien, lo hace en virtud de lo pasajero, de lo efímero, y propone un descifrado de las cosas el cual sea estratégico, es decir, no absoluto. Lo que significa que cada uno de los objetos a los que nos acerquemos con la intención de conocer, estudiar o controlar, será en virtud del tiempo y el espacio en que lo hagamos sin la necesidad de pensar en un origen o sentido absoluto de dichos objetos, esto es, sin que precisen de un centro o un dios inamovible para que tengan significado. De tal manera que Derrida y la desconstrucción no están peleados con el sentido o la comprensión del mundo. Es la noción de absoluto, verdad, esencia y totalidad contra lo que él y el postestructuralismo tienen su lucha:

Puesto que lo que se pone precisamente en tela de juicio, es el requerimiento de un comienzo de derecho, de un punto de partida absoluto, de una responsabilidad de principio. La problemática de la escritura se abre con la puesta en tela de juicio del valor de *arkhé*. (Derrida, 1994: 42)

Derrida propone advertir a la verdad y las certezas como un todo en diseminación, como lo menciona en *La Farmacia de Platón*, el *sentido* es como un tejido del cual es posible tirar un incontable número de hebras, y cada una aportará una verdad provisional que nos permita conocer al texto en un tiempo y un espacio determinado.

Es la angustia de saber que no hay certezas absolutas, lo que hace que la desconstrucción y el pensamiento derridiano resulte tan incómodo para la manera en la que nuestro pensamiento está ordenado. El hecho de dar cabida a un huésped tan molesto como la desconstrucción nos obliga a poner en duda cualquier conocimiento y cualquier verdad por mínima que sea. Derrumba así certezas pre-existenciales pues causa escozor aun en el espacio más íntimo de aquello que concebimos como

realidad. Derrida hace tambalear cualquier orden hegemónico establecido y propone un modo otro de habitar.

Ese es el verdadero problema, el derrumbamiento de las hegemonías, la incomodidad de advertirnos equivocados y al mismo tiempo obligados a existir de otra forma. Dar cuenta de la violencia con la que nos relacionamos con la otra, el otro y con lo otro. Darnos cuenta que hemos vivido históricamente bajo un orden establecido desde un poder logocéntrico que surge de las necesidades del hombre blanco occidental y que relega a todo aquello que no es igual o no concuerda con sus estándares, condenando siempre al extranjero, al salvaje, al bárbaro al lugar del otro más otro, del indeseable. De tal manera que la aversión al pensamiento deconstructivista surge a partir del desvelamiento que éste hace de la violencia y la arbitrariedad con la que los determinados órdenes logocéntricos jerarquizan las estructuras, siempre de acuerdo a la verdad que ellos manejan. Pues el pensamiento postestructuralista ha puesto de manifiesto que la verdad no es del todo verdadera ya que siempre obedece al tiempo y al espacio donde se dan dichas verdades. Eso que en una entrevista con Élisabeth Roudinesco, Derrida llamó “ficciones teóricas”:

Algunos elementos perduran, pero no convertiré al “inconsciente” y a las instancias de la segunda tópica en conceptos científicos y científicamente seguros. Estoy de acuerdo en citarlos y utilizarlos en situaciones estratégicamente definidas, pero no creo en su valor, en su alcance más allá de este campo de batalla. En lo sucesivo se necesitan otras “ficciones teóricas”. No se trata de una respuesta relativista u oportunista de mi parte. Por el contrario, es una preocupación de verdad científica y una lección extraída de la historia de las ciencias, de la vida o el progreso de las comunidades científicas que también son comunidades “productivas”, “performativas”, interpretativas. (2009: 192)

Ante esto, ¿qué podemos hacer contra este orden establecido? ¿Es posible salir de él? ¿Qué opción tenemos ante el violentamiento sistemático de la hegemonía logocéntrica que nos ordena? Decir que Derrida propone que actuemos de tal o cual manera sería una mentira y una contradicción hacia su manera de pensar, sería como si nos dijera qué es correcto y qué no, todo lo contrario a lo que pudiera entenderse en la deconstrucción. Pero esto no es del todo desesperanzador pues la deconstrucción en su ejercicio de “destrucción” construye al mismo tiempo algo otro. ¿Cómo es eso otro? no es posible decirlo, pues eso sería como crear una nueva jerarquía, un modo por sobre todos los otros. De tal forma que la manera de actuar dependerá siempre de los márgenes a los que nos veamos enfrentados. Lo que resulta necesario es prestar atención a la noción de hospitalidad de la que Derrida nos habla pues considero que ahí, en ese despliegue de ideas, existe una propuesta importante para entender al pensador franco-argelino y también a la idea de deconstrucción. En la noción de hospitalidad, Derrida desmonta nuestra idea de convivencia y al mismo tiempo se construye de manera subyacente una nueva conducta de convivencia o aceptación con lo otro que nos rodea.

La hospitalidad

¿Qué es la hospitalidad? Desde la perspectiva derridiana la hospitalidad es una condición que, aunque le pertenece al género humano, no es exclusiva de éste. Esta posición es la que asume el individuo (o casi cualquier suceso) en cuanto se convierte en anfitrión o en soberano de algo o de alguien. La hospitalidad de Derrida es un modo de habitar que trasciende incluso a toda idea máxima de tolerancia, es el borramiento de sí mismo en tanto que soberano de algo. La hospitalidad derridiana ocurre cuando el anfitrión o soberano abre las puertas de su casa y le permite a cualquiera entrar y habitarla.

Aunado a lo anterior, para que la hospitalidad ocurra por completo, el huésped debe habitar la casa de su anfitrión en una condición límite de extranjería; un huésped que no habla la lengua del anfitrión, que lo incomoda, lo cuestiona y lo sitúa, aun en su propia morada. *A grosso modo* esas son las condiciones en las que se da un estado de hospitalidad, según Derrida. De tal manera que es posible decir que, en esta relación hospitalaria, son claves las posiciones de huésped y anfitrión. Es importante destacar que dichas posiciones, como todo en la deconstrucción, no son definitivas ni absolutas, pues en el caso del individuo (y también en los animales) la relación de huésped-anfitrión cambia constantemente pudiendo invertirse en cualquier momento.

¿Cómo se relaciona la hospitalidad con la deconstrucción y el pensamiento postestructuralista? Esto ocurre ya que la hospitalidad que Derrida propone es el resultado de la deconstrucción, esto es, un suceso, cualquiera que sea, una vez deconstruido deviene en hospitalario pues cualquier objeto conocido cuando se le cuestiona acerca de su esencia o bien las certezas que lo hacen ser lo que supone ser se convierte en anfitrión que a su vez recibe a la deconstrucción en condición de huésped. Pero más allá del objeto conocido son los conceptos de “verdad”, “certeza” y “esencia” los que se convierten en anfitriones, que en este caso y por sus características arbitrarias, tienen más una condición de soberano pues la recepción que estos conceptos ofrecen a lo otro está siempre condicionada y en calidad de hostil, de tal manera que lo que el pensamiento occidental le confiere al pensamiento periférico es una suerte de hosti-pitalidad. Así es, me refiero a una hospitalidad condicionada que violenta sistemáticamente a sus huéspedes mostrándose siempre controladora y agresiva. Igual que si recordáramos la condición de anfitriona que habitó la Cenicienta al recibir a la madrastra como huésped. Se quedó con su casa y la obligó a habitar como servidumbre. Esa es la condición máxima de la hospitalidad: ponerse en situación de sacrificio frente a su huésped.

De esta manera, cuando estos conceptos absolutos son puestos en crisis por Derrida y la deconstrucción, al mismo tiempo son llevados a ese límite de la hospitalidad del que hablamos anteriormente. Pues el estado hospitalario consiste en eso, en habitar la incomodidad de convivir con lo

otro, que más que coexistir con nosotros, nos invade y problematiza el sentido con el que nos manejamos, hace tambalear nuestra verdad y todo lo que damos como cierto, es aceptar a un huésped parricida que atenta contra nosotros y nuestra tranquilidad. Ahí estriba realmente la incomodidad que Derrida causa a sus detractores, los cuestiona, los sitúa, los desestructura, forzándolos a buscar otras formas de conocer, de expresar, de habitar. Peor aún, esa problematización se da desde la advertencia de errores tan obvios que nos aplastan la cara, y que al mismo tiempo nos exhibe como individuos acrílicos que han andado por la vida sin reparar en su modo de conocer o acercarse a las cosas, es decir, todo este tiempo hemos aceptado eso que nos dan como verdad sin detenernos a pensar qué tan conveniente es esa verdad para nuestro tiempo y nuestro espacio.

Conclusiones provisionales

He decidido dejar aquí mis conclusiones como provisionales ya que del postestructuralismo y de la deconstrucción, así como de Derrida, no es posible ni honesto decir algo definitivo. Realmente sólo puedo reafirmar lo que ya he dicho antes: la deconstrucción no debe ser vista como una teoría literaria o unos anteojos que sirvan para encontrar algún sentido; por el contrario, la deconstrucción es la opción que tiene el individuo para cuestionar todo sentido. Es el reclamo al pensamiento occidental por el violentamiento de las libertades del individuo. Como muchas explicaciones a los niños, esta no podía prescindir de una analogía con el fútbol. La deconstrucción es pues como el gol de Maradona con la mano en México 86: un atentado contra las reglas de un deporte que se juega con los pies mostrándonos, en su condición de extranjero y rebelde, que hay otras maneras de jugar y de anotar. ¶

BIBLIOGRAFÍA

ASENSI, M. (2006). *Los años salvajes de la teoría*. Valencia: Tirant Lo Blanch.

DERRIDA, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Trad. Por P. Peñalver Barcelona: Anthropos.

DERRIDA, J. (1994). *Márgenes de la filosofía*. Trad. Por C. González Madrid: Cátedra.

DERRIDA, J. (1997). *La Diseminación*. Trad. Por J. Martín Arancibia. Madrid: Fundamentos.

ECO, U. (1992). *Los límites de la interpretación*. Trad. Por Helea Lozano. España: Editorial Lumen

HABERMAS, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Trad. Por M. Jiménez Redondo Madrid: Santillana S.A.

PEETERS, B. (2013). *Derrida*. Trad. Por G. Villalba. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

ROUDINESCO, E. (2009). *Y mañana qué*. Trad. Por V. Goldstein. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



Acceso Abierto. Este artículo está amparado por la licencia de Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Ver copia de la licencia en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>